

DE LA CONVERSIÓN A LA SANTIDAD

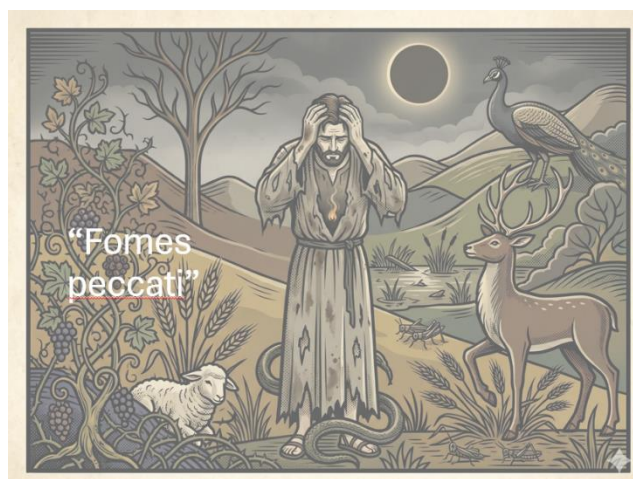
Teología de la perfección cristiana

NUESTROS ENEMIGOS: 3.3.1- La carne

Un buen ejemplo de cómo el mundo usa nuestra carne, nuestra concupiscencia para llevarnos de un lado para otro es el de la cetrería, donde el dueño le da todo el tiempo comida al ave para moverlo de aquí para allá. De esa misma manera nos tienen el demonio y la carne, y si no somos virtuosos nos dejamos llevar. Hoy en día con la dopamina que da usar el móvil (celular) que son pequeños “gustitos”, alicientes, placeres internos, curiosidad, etc., que de alguna manera también son concupiscencia, nunca quizás en la historia del mundo ha habido tanta posibilidad de que nos lleven de un lado para el otro.

«El mundo es el enemigo menos dificultoso: el demonio es más oscuro de entender; pero la carne es más tenaz que todos, y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo» (San Juan de la Cruz)

Recordemos que en las primeras charlas vimos que el hombre tiene:



Ése es el orden que Dios nos dio, hasta que sucedió el pecado original, donde tiene lugar el *fomes peccati*, que es ese desorden interno que quedó en nosotros después del pecado original, y que para poder vencerlo son necesarias las purificaciones activas y pasivas —que



veremos más adelante. Tenemos que negarnos a nosotros mismos, y con la gracia de Dios se puede volver a ordenar, como ya hemos visto.

FOMES PECCATI

Artículo 3: ¿Fue el pecado de los primeros padres más grave que los demás?¹

Santo Tomás va a explicar que la gravedad de un pecado puede darse por la especie (tipo) de pecado, y en ese sentido no es el más grave, porque una blasfemia lo es más; pero sí en cuanto a la dignidad que ellos tenían y por ser los primeros.

Obj 3: La pena es proporcionada a la culpa. Pero el pecado de nuestros primeros padres fue castigado con la mayor severidad, porque por él entró la muerte en este mundo, como dice el Apóstol en Romanos 5. Luego, aquel pecado fue más grave que los demás pecados.

Rta: la magnitud del castigo que siguió a aquel primer pecado no le corresponde según la gravedad propia de esa especie de pecado, sino en cuanto fue el primero; **porque, a causa de él, se perdió la inocencia del estado original, y, una vez desaparecida ésta, quedó desordenada toda la naturaleza humana.**

«Fomes peccati, como quien dice el **combustible del pecado**, porque ofrece el material que favorece el pecado, del mismo modo que el fuego se aviva por la sequedad de la madera.»²

El *fomes peccati* es una inclinación que tenemos que hace de combustible del pecado. Se lo puede llamar “pecado”, aunque no es exactamente lo mismo.

¿Y qué es esta inclinación, este *fomes peccati*? es la concupiscencia de la carne.

«Fomes peccati concupiscentia est»³

¹ *Suma teológica* - Parte II-IIae Cuestión 163 – Sobre el pecado del primer hombre.

² SANTO TOMÁS, *Super Sent.*, lib. 2 d. 30 q. 2 a. 2 expos.

³ *Idem*, 1 a. 3 s. c.

Se puede entender la palabra concupiscencia simplemente como una inclinación a los placeres, no hace falta que sea desordenado, pero por lo general, si no se aclara, cuando hablamos de concupiscencia estamos hablando de este desorden.

San Pablo también hablará varias veces de ello, entre otros:

«ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden». (Rom 8,7)

Acá hay que entender que nosotros, desde nuestra parte humana material, desordenada después del pecado original, no se puede ordenar si no hay un acto de la inteligencia y de la voluntad, movidos por la gracia (o por una virtud nada más que humana) que frene eso. Es insaciable el apetito, no tiene freno. Siempre quiere más. «No se someten a la ley, ni siquiera pueden». Es la parte espiritual del hombre que tiene que poner freno ayudada por la gracia.

Y eso produce odio a Dios, porque si no me someto a Dios con la inteligencia y la voluntad, si no hago un acto de virtud o de continencia lo estoy odiando a Dios porque no me da lo que yo quiero. Es un odio super injusto, porque Dios no tiene ninguna culpa. Dios me dice “ese desorden no te hace bien, no te va a hacer feliz”.

«soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado». (Rom 7,25)

Otro texto de San Pablo:

«Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.

Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en que es buena; en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí.

Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero.

Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí.

Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta.

Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.

¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?

¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado»⁴. (Rom 7, 14-25)

«Luego del pecado original no tenemos de propio más que la mentira y el pecado»⁵.

⁴ También: 2Cor 12,7-10.

⁵ can. 22 del Concilio dde Araus. II, Denz 195.

«Y mirad, como una piedra con el peso que tiene es inclinada a ir hacia abajo; así, por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne, y de nuestra honra, y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro.

Estamos vivísimos a las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar. Y estamos tan miserables, que, debajo de cuerpo humano y derecho, traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra.

Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas (defectuosas), y feas, y secas, y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre, que está sin espíritu de Dios, tiene en sus sentidos y obras; y ninguna de estas cosas veáis, que luego no entréis en vos misma a considerar que aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hubiera dado salud»⁶. (San Juan de Ávila)

Placeres y apetitos

Nuestra lucha contra la carne nos va a inclinar a dos cosas:

- a- Un afán insaciable de gozar
- b- Un horror instintivo al sufrimiento



a- Este afán insaciable de gozar en cuanto insaciable es desordenado, pero en sí mismo el placer no tiene nada de malo.

Artículo 1: ¿Reside la concupiscencia solamente en el apetito sensitivo?⁷

Respondo: Como indica el Filósofo en I Rhetoric., la concupiscencia es el apetito de lo delectable.

Hay una doble delectación: una, la que se halla en el bien inteligible, que es el bien de la razón; otra, la que se encuentra en el bien según el sentido.

⁶ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 66.

⁷ *Suma teológica* - Parte I-IIae -Cuestión 30 – De la concupiscencia.

O sea, hay un placer por la Verdad, y tenemos que aprender a gustarlo, y en cuanto podemos, educar a otros para que también gusten de ese placer por la Verdad. Una vez que se alcanza la virtud es mucho más fuerte que el placer de la sensibilidad.

La primera delectación parece ser propia del alma solamente. Mas la segunda pertenece al alma y al cuerpo, porque el sentido es una potencia en órgano corpóreo. De ahí que también el bien según el sentido sea un bien de todo el compuesto.

No dice Santo Tomás que la delectación que nos viene por los sentidos es solamente del cuerpo, porque somos un compuesto de cuerpo y alma. También podríamos decir que el gozo que tiene el alma de algún modo también redunde en el cuerpo, pero es más difícil de percibir. Por eso Santo Tomás cuando habla de las pasiones (sentimientos) les dice *passio animae* (del alma), pertenece al alma y al cuerpo.

Ahora bien, el apetito de tal delectación parece ser la concupiscencia. Por tanto, la concupiscencia, propiamente hablando, reside en el apetito sensitivo y en la potencia concupiscible, que de ella toma el nombre.

Recordemos: tenemos un apetito al placer y un apetito a lo arduo (apetitos concupiscible e irascible). La carne involucra los dos apetitos.

Entonces, el apetito de lo deleitable involucra dos cosas fundamentalmente: lo que tiene que ver con el sustento personal (el placer que nos dan los alimentos) y lo que tiene que ver con la conservación de la especie (el placer que produce el uso de la sexualidad). Que



quede claro que de suyo estos placeres no tienen nada de malo. Pero hay un desorden después del pecado original que nos pueden hacer mucho daño si no los ordenamos.

«El que ama los placeres se empobrece; quien ama el vino y los perfumes no se enriquece» (Prov 21, 17)

«¿Qué cosa hay más resplandeciente que el sol? y éste también se eclipsa. O, ¿qué cosa más torpe que los pensamientos de carne y sangre?, pero no han de quedar ellos sin castigo». (Si 17,30)

«El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, son espíritu y son vida». (Jn 6, 63)

«El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, son espíritu y son vida». (Jn 6, 63)

Dice Mon. Straubinger: «La carne para nada aprovecha: Enseñanza tan enorme y preciosa como poco aprovechada. Porque es difícil de admitir para el que no ha hecho la experiencia y para el que no escucha a Jesús como un niño, que acepta sin discutirle al Maestro. Quiere decir que "la carne miente", porque lo tangible y material se nos presenta como lo más real y positivo, y Jesús nos dice que la verdadera realidad está en el espíritu, que no se ve».

«Pues los que viven según la carne, piensan en las cosas de la carne; más los que viven según el espíritu, en las del espíritu.

Y el sentir de la carne es muerte; mas el sentir del espíritu es vida y paz. Pues el sentir de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la Ley de Dios ni puede en verdad hacerlo. Y los que viven en la carne no pueden, entonces, agradar a Dios». (Rm 8, 5-8)

«Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte». (Sgo 1,15)

«Digo pues: Andad según el Espíritu, y ya no cumpliréis las concupiscencias de la carne. Porque la carne desea en contra del espíritu, y el espíritu en contra de la carne, siendo cosas opuestas entre sí, a fin de que no hagáis cuanto queráis». (Gal 5,16-17)

«Los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos"; pero Dios destruirá el uno y los otros. En tanto que el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo». (1Cor 6,13)

Dice Mons. Straubinger: «Decían algunos, a la manera de los materialistas modernos: fornicación y lujuria son cosas tan naturales y necesarias como satisfacer las exigencias del estómago. A ellos responde el Apóstol: En verdad el estómago es para los manjares, pero el cuerpo, como templo del Espíritu Santo (v. 19), está destinado para la gloria eterna.

La Iglesia rechaza, por consiguiente, el culto de la carne, tan fomentado en los teatros y en la literatura, y esto no porque desprecie el cuerpo (Colosenses 2, 16 y nota), sino porque respeta la dignidad del mismo. "Si tú dices: tengo derecho a llevar una vida regalada y entre placeres, te responde el Apóstol: Ya no eres hombre libre y dueño de ti mismo; ya eres esclavo del regalo y del placer" (San Crisóstomo). El cuerpo es para el Señor, etc.: Es decir, para hacerse uno mismo con Cristo, como miembro de Él».

Remedios contra la concupiscencia

La oración

Lo dice Jesús cuando los apóstoles se estaban durmiendo:

«Velad y orad, que el espíritu está pronto pero la carne es débil».

Esto implica oración y también una mortificación del cuerpo porque se estaban durmiendo.

Santo Tomás comenta:

«la oración no es necesaria por causa del espíritu, sino por causa de la carne, que es débil; por eso es necesaria la vigilancia»⁸.

Necesitamos rezar. Si no rezamos no podemos tener vida espiritual. Es el primer remedio contra la carne.

San Juan de Ávila en *Audi filia*, Capítulo 9

«Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.

Ahora sabed que si la oración es devota, larga y tal, que en ella se da el gusto, según a algunos es dado, la dulcedumbre divina, no sólo la tal oración es arma para pelear, mas del todo degüella a este vicio bestial. Porque luchando el alma con Dios a solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular alcanza de Él, como otro Jacob (Gen., 32, 24), que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad»⁹. (San Juan de Ávila)

Para que la oración produzca ese efecto de suavidad, alegría y deleite de la verdad, tiene que ser larga y devota.

Pero no necesariamente, si no tengo esos afectos devotos, estoy rezando mal, porque hay grados de oración. Podemos estar en los primeros grados de oración. Muchas veces la oración es seca, es árida y cuesta. Imagínense la oración del Señor en el Huerto de los Olivos.

Pero se llega a un grado de oración en la que se muere al hombre viejo. En ese estado ya la concupiscencia no produce placer. San Juan de la Cruz dice es «cuando la casa ya está sosegada», pero hasta llegar a eso la oración es más que necesaria para no caer en pecado. Por eso el Señor dice «vigilad y orad».

San Alfonso María de Ligorio decía «El que está en pecado que no deje la meditación, porque a la corta o a la larga, o deja una cosa o la otra». No es compatible la oración con el pecado. El que está en pecado que no deje la meditación. También el mismo santo decía «El que reza se salva y el que nó se condena».

San Juan de Ávila en *Audi filia*, Capítulo 10

«De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con los primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habéis oído son cosas que ordinariamente habéis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentación.

Ahora oíd lo que habéis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente o el corazón con la **señal de la cruz**, llamando con devoción el santo nombre de Jesucristo, y decid: ¡No vendo yo a Dios tan barato! ¡Señor, más valéis Vos, y más quiero a Vos!

Y si con esto no se quita, **abajad al infierno con el pensamiento**, y mirad aquel fuego vivo cuan terriblemente quema, y hace dar voces y aullar y blasfemar a los miserables que ardieron

⁸ *Super Mt.*, cap. 26 l. 5.

⁹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia* – Cap. 9.

acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios, que dice (Apoc, 18, 7): Cuanto se glorificó en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro. Y espantaos de tan grave castigo—aunque justísimo—, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que San Gregorio dice: “Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta” (...)

Santa Faustina Kowalska dice «Me he dado cuenta de una cosa: la mayoría de los que están en el infierno son los que no creían que el infierno existía».

Y si esto no os aprovecha, **subíos al Cielo con el pensamiento**, y representeseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada ciudad hay; y cómo no puede *entrar allí* bestia ninguna, quiero decir, hombre bestial, y estaos un rato allá, hasta que sintáis alguna espiritual fuerza con que aborrezcáis vos aquí lo que allí se aborrece por Dios.

También aprovecha **dar con el cuerpo en la sepultura**, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuan hediondos y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres.

También aprovecha **ir luego a Jesucristo puesto en la cruz**, y especialmente atado a la columna y azotado, y bañado en sangre de pies a cabeza, y decirle con entrañable gemido: Vuestro virginal y divino cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, ¿y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes, tan llenos de crueldad, los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero yo tomar placer tan a costa vuestra, Señor.

En este mismo libro San Juan de Ávila, citando a San Agustín decía para los momentos de tentación: «volar con la imaginación a las llagas de Cristo» o representar la pureza de la Virgen María para aborrecer la deshonestidad.

También aprovecha representar súbitamente delante de vos a la **limpísima Virgen María**, considerando la limpieza de su corazón y entereza de cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz.

Mas si sabéis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oración, según adelante diremos, hallaréis con facilidad el socorro más a la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que, abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola a uno y a otro, es un volver las espaldas a los enemigos, y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así se quedarán burlados.

También aprovecha **tender los brazos en cruz, hincar las rodillas y herir los pechos**. Y lo que más, o tanto como todo junto, es recibir con el debido aparejo el santo cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, el cual fue formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecados (en pecado original) nos vienen (...)

Después sigue hablando de la grandeza que es considerarnos templos del Espíritu Santo. Lo que se dice de recibir la Comunión se puede también decir de la adoración al Santísimo y de todos los sacramentos.

La recepción frecuente de la **Eucaristía y la Confesión** (incluso por devoción) son remedios admirables contra la concupiscencia.

Mortificación y penitencia

Lo que sigue tiene que ver con lo que dice San Ignacio sobre dar dolor sensible a la carne. Van tan unidos los placeres lícitos con los ilícitos que a veces si no nos privamos de los lícitos es muy difícil privarnos de los ilícitos. Por eso se dice que la antesala de la concupiscencia es la gula: comer de más me lleva a tener más tentaciones contra la pureza, en cambio comer de menos hace lo contrario.

Durante la primera semana de los Ejercicios, cuando se habla de la penitencia San Ignacio hablará de dar dolor sensible a la carne y el ayuno que va en la misma línea. Cuanto más y más mayor y mejor dirá San Ignacio, con tal que no se corrompa el sujeto ni se siga enfermedad notable (que no me enferme y que pueda seguir adelante con las cosas que convienen a mi deber de estado).

Aquí hay que tener presente que, aunque nos suenen algunas cosas un poquito fuerte, en cuanto tal la mortificación corporal no es algo que quedó hace doscientos años, ¡no!, porque el *fomes peccati* siempre está. Nacemos con el pecado original tanto ahora como antes, y como el mundo está mas agresivo ahora, de algún modo hace falta más ahora que antes.

San Juan Pablo II bajaba entre ocho y diez kilogramos en cada Cuaresma. Cuando el cardenal Caffarra va a hablar con el Papa las monjitas le piden que le diga que coma más, que baja mucho de peso. Entonces Caffarra le dice al Papa “¿porqué no come un poco más? ¡coma más, que la Iglesia necesita un papa fuerte!”. El Papa, golpeando la mesa le contesta: «La Iglesia no necesita un papa fuerte, necesita un Papa santo».

Dándole dolor sensible a la carne, cuando era sacerdote andaba siempre desabrigado y regalaba sus prendas. Para regalarle algo nuevo había que lavarlo dos o tres veces para que no supiera que era nuevo, porque sinó lo regalaba. También tenía en el Vaticano un látigo con el cual se flagelaba, hacía disciplina.

Por un lado, la disciplina tiene la parte de purificación propia, para evitar el pecado, que cuando hay más tentaciones hay que hacerlo más, o a veces hay que hacerlo por los demás. San Juan Pablo II tenía sobre sus hombros la Iglesia entera, y ofrecía sacrificios por la Iglesia entera.

San Ignacio le decía en una carta a San Francisco de Borja que rezara menos y que hiciera menos penitencia, porque en ese momento no le convenía. Por eso se debe discernir muy bien si toca hacerlo o no.

Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se asosegare, debéisla tratar como a bestia, con buenos dolores, pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron a nuestro Señor Jesucristo; otros con azotarse fuertemente, acordándose de cómo el Señor fue azotado; otros con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, herirse el rostro, y con otras cosas semejantes a éstas, con que causan dolor a la carne; porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los Santos pasados, uno de los cuales se desnudó y se revolcó por unas espinosas zarzas, y con el cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima había. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fría, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro».

Discernimiento y Prudencia: La penitencia debe ser racional, adaptada a la salud y al deber de estado, y preferiblemente guiada por un director espiritual. San Ignacio de Loyola aconsejaba moderación según las circunstancias. Un ayuno prolongado (ej. 40 días) requiere un serio discernimiento.

Hay muchas otras mortificaciones que uno puede hacer y están a la mano, la mortificación hoy en día de no mirar en la calle todo lo que está a la vista en verano, la de levantarse cuando uno se lo propuso, cada uno verá, en ese sentido los santos son muy creativos. Por ejemplo, San Luis Guanella llevaba piedras dentro de su pequeño portafolio o maleta de viaje como una forma de penitencia física desconocida por los demás.